

VISIÓN DE INGLATERRA Y DE LOS INGLESES EN LA OBRA NOVELESCA DE CERVANTES

CHRISTIAN ANDRÉS
Université de Picardie

Sabemos perfectamente que muy poco se trata de Inglaterra y de los ingleses en las novelas de Cervantes. Sin embargo, no es una razón para contentarnos con esas palabras bastante recientes de César Vidal (1999), al afirmar que a Inglaterra «... Cervantes no le presta importancia», ya que en sus tiempos la monarquía inglesa era «una potencia de muy segundo orden en comparación con España, el Imperio turco o Francia...».¹ No, lo sentimos, no sería sólo por eso. También es verdad que, ya en 1943, con Joaquín Casaldueiro,² se escribieron palabras muy justas sobre la manera cervantina de ver en *La española inglesa* a los «enemigos» ingleses y a su reina en comparación con los malos católicos y, sobre todo, en 1950, publicó Rafael Lapesa un docto, denso y muy lúcido estudio acerca de *La española inglesa* y del *Persiles*, insistiendo en ciertos parecidos y destacando tres fases en la visión cervantina de Inglaterra y de los ingleses.³ Luego, con ciertos estudiosos como Thomas Hanrahan (1968), Da Costa Fontes (1975), y más recientemente, con Geoffrey Stagg (1989), Güntert (1993), Joseph V. Ricipito (1996), Zimic (1996), y la excelente edición crítica de las *Ejemplares* por Jorge García López (2001),⁴ se han enriquecido notablemente los puntos de vista sobre nuestro tema esencialmente en lo que toca a *La española inglesa* con su título altamente simbólico y estimulante, y de hecho vamos a presentar una suerte de síntesis sobre el tema «inglés» en las novelas de Cervantes.

Empezaremos, pues, por la gran novela cervantina donde por lo visto se habla infinitamente poco de Inglaterra: el mismo *Quijote*. Ahí se encontrarán muy pocas referencias, y casi exclusivamente en la primera parte.⁵ En este caso, señalaremos dos datos –apoyándonos sobre todo en los trabajos de W. J. Entwistle y María Rosa Lida de Malkiel. Ya desde la Edad Media hubo cierta penetración en España de la «materia de Bretaña» o literatura artúrica, pero vendrá a decaer considerablemente por no decir desaparecer casi por completo a finales del siglo XVI. Lida de Malkiel cita al trovador catalán Guiraut (o Guerau) de Cabrera hacia 1170 como «la más temprana alusión a la nueva moda que se registra en la literatura hispánica»,⁶ y subraya el hecho de que a Pedro II (1196-1213) lo compararon con el rey Arturo. Entwistle, por su parte, recuerda la propia opinión de Cervantes sobre su obra maestra, que Don Quijote proviene de Amadís lo mismo que Amadís

¹ *Enciclopedia del Quijote*, Barcelona, Planeta, 1999.

² Véase *Sentido y forma de las Novelas ejemplares*, Madrid, Gredos, 1974.

³ «En torno a *La española inglesa* y el *Persiles*», *Homenaje a Cervantes*, 1950, vol. II, págs. 365-88.

⁴ *Novelas ejemplares*, Barcelona, Crítica, 2001.

⁵ Véanse I, 6 (se nos cita *Palmerín de Inglaterra*); I, 13; I, 31; I, 49. Y sólo una referencia para la segunda parte: II, 57.

⁶ *Estudios de literatura española y comparada*, Buenos Aires, 1966.

deriva del rey Arturo.⁷ En cuanto a la evolución en España del personaje del rey Arturo, exclama el erudito que acabó reducido por Cervantes a no ser más que un cuervo...⁸ Por otra parte, cabe recordar en el *Quijote* la importancia del mago o sabio Merlín. En efecto, ¿quién no recuerda la fantástica visión del mundo de don Quijote que cree a pies juntillas en la intervención de los encantadores en las acciones (hazañas o derrotas) de los caballeros andantes, luego en las suyas? Entwistle menciona al respecto el papel que Cervantes le hace jugar a Merlín sobre todo en la segunda parte del *Quijote*. A pesar de tal papel que merecería mucha más consideración, volvamos al rey Arturo. No nos importa aquí considerar el aspecto histórico o fantástico de tal personaje, si su reinado existió o no, sino sólo sugerir cuanto pudo representar para lo imaginario de un inglés (y no sólo de los ingleses). De todos modos, nuestro español universal don Quijote –caballero andante anacrónico sin lugar a dudas– tiene algo que ver con el siluro⁹ rey Arturo y su obra, por imaginaria que fuese. En la primera parte, pues, Vivaldo le pregunta a don Quijote qué significaba «caballeros andantes», y nuestro personaje inmortal le contesta:

¿No han vuestras mercedes leído [...] los anales e historias de Ingalaterra, donde se tratan las famosas fazañas del rey Arturo [...], de quien es tradición antigua y común en todo aquel reino de la Gran Bretaña que este rey no murió, sino que por arte de encantamiento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos ha de volver a reinar y a cobrar su reino y cetro; a cuya causa no se probará que desde aquel tiempo a éste haya ningún inglés muerto cuervo alguno?¹⁰

Aquel rey –real o imaginario– llegó a simbolizar para toda la eternidad y para los bretones la heroica resistencia céltica en contra de los sajones. La tradición inglesa que menciona la conversión en cuervo del rey Arturo se fundó en una profecía del sabio Merlín que pronosticaba su vuelta a la figura de hombre, siendo aquel día la continuación de su reino y el triunfo de los ingleses sobre todos sus enemigos. Schevill y Bonilla comentaron ya de manera muy documentada tal leyenda en sus notas al *Persiles*, ya que se repite allí.¹¹ Precisan que también en los tiempos de la primera parte del *Quijote* se refieren a ella en poemas el doctor Agustín de Tejada,¹² y el satírico granadino Gregorio Morillo.¹³

Que se burlara o no de la conversión en cuervo del rey Arturo y de una anhelada vuelta a su forma humana y a su reinado, en definitiva, no nos parece particularmente sarcástico Cervantes para con tal creencia. En cambio, se tratará de Inglaterra y de Londres en tono deliberadamente burlón esta vez, con ocasión de la canción burlesca de Altisidora.¹⁴ Pero la mofa no va dirigida en contra de Inglaterra, sino en contra del mismo personaje ficticio, de don Quijote, lo que resulta muy distinto.

Como su título lo dejaría suponer sin grandes dotes de mago, *La española inglesa* es la novela en que Cervantes demuestra mayor interés por Inglaterra y los ingleses. Por lo menos, a propósito de *La española inglesa*, tenemos que descartar definitivamente la visión tradicional de la crítica cervantina que se basa en la opinión descaminada –por ser injusta y errónea– de Schevill y Bonilla.¹⁵ Pensaban los doctos cervantistas que Cervantes desconocía por completo el ambiente cortesano

⁷ Véase *The Arthurian Legend in the literature of the Spanish Peninsula*, London / Toronto / Nueva York, 1925.

⁸ Entwistle (1925), pág. 53.

⁹ El jefe o *penteyrn* de los siluros de Caerlon.

¹⁰ Citaremos por la edición de Vicente Gaos (Madrid, Editorial Gredos, 1987): I, 13, págs. 250-51. El subrayado es nuestro.

¹¹ Pero ya en el *Quijote*, en I, 49, don Quijote alude otra vez a la creencia en cuestión.

¹² En las *Flores de poetas ilustres* de Pedro Espinosa (Valladolid, 1605), en Schevill y Bonilla, *Obras Completas de Miguel de Cervantes*, t. I, Madrid, 1914, págs. 341-42.

¹³ En las mismas *Flores* que acaban de citarse.

¹⁴ En la segunda parte, capítulo 57 (edición de Vicente Gaos), pág. 793.

¹⁵ En efecto, llegaron a calificar esa joyita literaria que es *La española inglesa* de «solemne niñería, basada en sucesos puramente casuales y de lo más inverosímil que imaginarse puede», *Novelas ejemplares*, III, 1925, pág. 383. Rafael Lapesa ya recordó en 1950 esas palabras desgraciadas.

inglés, mientras que hoy en día se llega a admitir la existencia de un verdadero trasfondo histórico (inglés y español) en *La española inglesa* que puede recordar –de un modo u otro– ciertos rasgos del largo reinado de Isabel (1558-1603).¹⁶ En efecto, el miedo de los «católicos secretos» ingleses no dejará de ponerse en relación con la represión de los movimientos de revuelta aristocrática, en particular la del norte de Inglaterra en los años 1569-1570, en contra de antiguas familias católicas como los Peray, Neville, Dacre. Paradójicamente, si se piensa en el que Cervantes fuera un católico español y se dirigiera sobre todo a lectores católicos españoles, en *La española inglesa* nos brindó deliberadamente un retrato muy favorable de la reina Isabel, insistiendo mucho más en aspectos positivos que en su reputación de crueldad (pensemos por ejemplo en la ejecución del duque de Norfolk en 1572, la ejecución de María Estuardo el 18 de febrero de 1587).¹⁷ Y es que Cervantes ya al asociar «española» e «inglesa» en el mismo título de su novela ejemplar debía de extrañar mucho a los lectores españoles.¹⁸ A la vez, en ese mundo ficcional que aquí nos propone, vemos a una niña española católica de siete años raptada por un inglés «católico secreto», una hermosísima moza que habla tan bien el inglés como el español, y además muy bien tratada en la misma corte.¹⁹ Y por añadidura muy admirada y no poco estimada por la misma reina Isabel –no hay que minusvalorar la extraña similitud de los nombres– hasta el punto de pedirle la reina que le hablara en español, lengua que entiende bien. Y no es todo: hace como un elogio de su belleza e hispanidad cuando en tono hiperbólico le contesta a Clotaldo: «Hasta el nombre me contenta –respondió la reina–: no le faltaba más sino llamarse Isabela “la Española”, para que no me quedase nada de perfección que desear en ella...».²⁰ Nos parece que no se ha notado suficientemente esa curiosa asimilación entre la reina y la joven de Cádiz (a través de la idea neoplatónica de perfección y de belleza). En todo caso, la peregrina belleza de Isabela ejerce una especie de fascinación sobre la misma reina Isabel y sus damas:

Estuvóla la reina mirando por un buen espacio, sin hablarle palabra, pareciéndole, como después dijo a su camarera, que tenía delante un cielo estrellado, cuyas estrellas eran las muchas perlas y diamantes que Isabela traía, su bello rostro, y sus ojos el sol y la luna, y toda ella una nueva maravilla de hermosura.²¹

Y Cervantes añade un rasgo que nos parece más bien característico de la psicología femenina –y no sólo inglesa, por supuesto– cuando una sola dama no se resiste a manifestar en medio de la admiración general cierto sentimiento de envidia personal, al fijarse en su traje español para luego declarar: «Buena es la española; pero no me contenta el traje».²²

Si se buscan detalles precisos que den la ilusión de realidad física y topográfica, quedará decepcionado el lector actual. Así, por ejemplo, del palacio donde vive la reina con su corte, sólo se nos habla de una «sala grande y espaciosa», lo que puede convenir a muchos palacios por el mundo. Pero en esta novela algo paradójica –por así decirlo– se nos evocará aunque fuese muy sucintamente «el río de Londres» que no puede acoger la nave portuguesa capturada, cuando la llegada del «héroe» corsario Ricaredo con la nave capitana del barón de Lansac repleta de riquezas. En materia de costumbres inglesas y reales, en esta novela se hace hincapié en la importancia de

¹⁶ Hace ya casi veinte años, Caroll B. Johnson llamó la atención sobre la presencia de muchos elementos históricos y sociales en *La española inglesa* («*La española inglesa* and the practice of literary production», *Viator. Medieval and Renaissance Studies*, XIX [1988], págs. 377-416).

¹⁷ Se estima a más de 700 las víctimas de la represión contra los lordes insurrectos, lo que permitió con la confiscación de los latifundios el consiguiente enriquecimiento de la corona inglesa.

¹⁸ Jorge García López no teme hablar a propósito de tal título de «...una antítesis que revela una no disimulada anglofilia» en nuestro autor (pág. 217).

¹⁹ A pesar de su condición de «esclava». Otra ambigüedad cervantina: lo del rapto de una niña, una hija única robada a sus padres españoles y católicos, por un inglés invasor y «católico secreto» no parece muy conforme a una auténtica moral cristiana, al amor por el prójimo, a la *caritas*.

²⁰ Harry Sieber, *Novelas ejemplares*, 1980 (vol. I), pág. 249.

²¹ Véase la edición de Harry Sieber ya mencionada, pág. 249.

²² Harry Sieber, ed. de las *Novelas ejemplares*, I, pág. 249.

ese tipo de guerra mercantil que fue el corso, así como en el gran interés personal –por no decir codicia– de la reina Isabel por tal actividad ya que la vemos nombrar capitán a Ricaredo –so pretexto de merecer por sí mismo a Isabela– y mandarlo a realizar hazañas militares, y sobre todo hacer mucho botín. Con esta particular importancia dada a las riquezas robadas en el corso²³, Cervantes no hace sino adherirse a las ideas más comunes de sus compatriotas sobre los ingleses, y como lo dijo tan lacónicamente Miguel Herrero García, «se los concebía como mercaderes, como piratas del mar, como herejes».²⁴ Tampoco será por casualidad si Cervantes empezó su relato mencionando *in medias res* la despiadada realidad histórica y económica del corso: «Entre los despojos que los ingleses llevaron de la ciudad de Cádiz...».²⁵

Es difícil no pensar en el gran pirata inglés Francis Drake al evocar de golpe y porrazo un saqueo de Cádiz como ocurre en *La española inglesa*, aunque no se le mencionara, y en cambio se citara al conde de Leste (Leicester). De todos modos, siempre quedará algo borroso lo del saqueo de Cádiz y la concordancia de la cronología interna con la hipotética fecha de composición. Ya se formularon bastantes juicios al respecto, y no es exactamente nuestro asunto. Sin embargo, tenemos que evocar brevemente –como ya han hecho otros estudiosos– la fecha problemática del saqueo de Cádiz aquí referido y su desacuerdo con el nombre del inglés mencionado (el conde de Leste), porque al fin y al cabo se trata de materia histórica. Sabemos con certeza que Cádiz conoció varios saqueos a finales del siglo XVI, siendo la primera intervención corsaria la de Drake, en 1587, luego, el verdadero y largo saqueo ocurrido en 1596 por el conde de Essex (y el almirante Howard).²⁶ Ya, desde los principios, aparece cierta confusión al atribuirse al conde de Leste²⁷ el mando de la flota inglesa que saqueó a Cádiz. Pero si Ricaredo es un corsario ficcional de la reina de Inglaterra –y entonces corresponde ideológicamente a la mala opinión que se hacían los españoles de los ingleses– por otra parte Cervantes hizo de su personaje un «católico secreto» y un jefe militar muy generoso incluso con enemigos.²⁸ Tampoco falta la imagen tópica de los ingleses como herejes que predominaba entre los contemporáneos de Cervantes. Notaremos varias alusiones al miedo de los ingleses «católicos secretos» de ser denunciados, pero por lo visto no es en ese aspecto en el que desea detenerse Cervantes. Por consiguiente, hace falta recurrir a otras consideraciones para tratar de entender esa imagen cervantina más bien simpática de la reina Isabel, mientras que, al fin y al cabo, fue la soberana de los enemigos que desbarataron a la Invencible y pusieron fin a la supremacía marítima española por el Atlántico. Como bien se sabe, hubo que esperar su muerte en 1603 para que el sucesor Jacobo I de Inglaterra abriera discusiones de paz con España tras unas guerras que duraron no menos de dieciséis años. Así, con tal nuevo ambiente de concordia, se puede comprender mejor la posibilidad misma de una imagen tan positiva de la reina Isabel I, incluso esa dimensión algo insólita de tolerancia en ella para con los católicos. Lo que le sugirió bastante lógicamente 1604 a Rafael Lapesa como *terminus a quo* para la fecha de su composición.²⁹

²³ Cervantes nos precisa que la sarta de perlas, «de las mejores que traía la nave», ofrecida por la reina a Isabela por sus bodas valía veinte mil ducados, y el anillo de diamante que le puso se estimó en seis mil ducados.

²⁴ *Ideas de los españoles del siglo XVII*, Madrid, Gredos, 1966, pág. 454.

²⁵ Harry Sieber (1980), pág. 243.

²⁶ Salíó de Plymouth el 13 de junio de 1596 la escuadra inglesa, siendo almirante Lord Howard of Effingham; y general el conde de Essex. El 15 de julio, la expedición vuelve a Inglaterra con un rico botín y 56 rehenes.

²⁷ Así en el texto de Cervantes. Se estima que muy probablemente «Leste» vale por «Leicester», o sea Robert Dudley (1533-1588), uno de los favoritos de la reina Isabel (también lo fue el conde de Essex). Lo malo –desde un punto de vista histórico– es que en 1596 fue el conde de Essex quien atacó a Cádiz y no Leicester (ya que murió en 1588), lo que llevó a Rafael Lapesa a postular el año de 1604 como *terminus a quo*.

²⁸ Libera a los españoles por ser católicos y para granjearse fama de magnánimo, e incluso a veinte turcos que escaparon a la matanza.

²⁹ Con *La española inglesa*, estamos en el tercer periodo de su visión de Inglaterra, y no difiere del todo de lo que podemos leer en el *Persiles*. Lapesa estima que este tercer periodo es el de la «regeneración de carácter religioso». Más recientemente, en 1968, Hanrahan proponía una fecha alrededor de 1605 apoyándose en la llegada y la estancia en Valladolid (del 26 de mayo al 18 de junio) del Embajador de Jacobo I, el Almirante Charles Howard of Effingham (ratificación del tratado de paz entre Inglaterra y España).

Además –y esto es sólo seguir andando por el camino ya abierto por Astrana Marín– se puede imaginar que Cervantes no desconociera del todo en Felipe II lo que llamó el gran cervantista «un extraño y misterioso afecto a la reina Isabel de Inglaterra».³⁰ O por lo menos que lo intuyera. En todo caso, Astrana Marín hace hincapié en tal «extraña fascinación» de Felipe II para con Isabel I de Inglaterra, y concluye: «Fascinación que prenderá, resuelta en simpatía, en Cervantes».³¹

Y no podremos acabar nuestro recorrido sin aludir al póstumo *Persiles* por unas cuantas referencias a Inglaterra y a los ingleses³². Esta vez, no resultarán muy sorprendentes ni ambiguas por situarse la primera mitad de la novela en el mundo septentrional (donde las islas y el mar juegan un papel muy importante). Ya, casi desde el principio, con Rutilio tendremos una primera evocación muy sucinta de Inglaterra como destino de naves cargadas de mercancías.³³ Se conforma muy bien esa primera alusión a la imagen que se hacían ya los españoles de los ingleses, es decir la de comerciantes, y según Herrero García, «el artículo que más suena en el siglo XVII es el *paño de Londres*».³⁴ Otra alusión no desprovista de cierto interés emblemático, es cuando un grumete señala «en lengua inglesa» un navío que llega de la isla de Golandia, y se nos dan las precisiones siguientes: «... cuando estuvo junto [el bajel], vieron que las hinchadas velas las atravesaban unas cruces rojas y conocieron que, en una bandera que traía en el peñol de la mayor gavia, venían pintadas las armas de Inglaterra».³⁵

En el capítulo siguiente, se nos evocará el desembarque de un esquiife, y la primera mención de la famosa Rosamunda se hará de este modo sugestivo y anónimo:

Luego, como si los arrojaran, echaron de la nave al esquiife un hombre lleno de cadenas y una mujer con él enredada y presa con las cadenas mismas: él, de hasta cuarenta años de edad y, ella, de más de cincuenta; él, brioso y despechado y, ella, melancólica y triste.³⁶

Como ya apuntaron Schevill y Bonilla en sus notas al *Persiles*, al hacer intervenir a Rosamunda «... no es menos evidente que constituye un anacronismo singular suponerla viva en el siglo XVI».³⁷ En efecto, tal dama –cuyo apellido autoriza el también famoso juego de palabras Rosamunda / rosa inmundá– no es sino Rosemonde Clifford, «la célebre dama de Enrique II de Inglaterra, envenenada (según cierta leyenda que nació bastante después) por la reina Leonora en Woodstock, hacia el año 1177».³⁸ En cierto modo, es una manera de proceder inversa de la que se usó en *La española inglesa* donde afloran con bastante visibilidad datos históricos y sociales de cierta trascendencia. Cervantes volverá a hablar de «la lasciva Rosamunda» con ocasión de una tentativa algo desesperada y patética de seducción para con Antonio el joven y paradigmático casto, pero en su caso, una posible vuelta a Inglaterra equivaldría a su muerte: «... si llegamos a Inglaterra, donde mil bandos de muerte tienen amenazada mi vida».³⁹

Por supuesto quedarían por comentar otros aspectos de Inglaterra presentes en el *Persiles*,⁴⁰ pero ya es tiempo no de concluir sino de proponer unas cuantas comprobaciones e hipótesis sobre lo

³⁰ *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, Reus, 1952, t. IV, pág. 140.

³¹ Astrana Marín (1952), pág. 140.

³² 13 exactamente, si no nos olvidamos de alguna más. Son más numerosas en el Libro I (9) que en el Libro II (sólo 4). Como se trata en los dos últimos libros del mundo meridional, en nada sorprenderá la desaparición de las alusiones a Inglaterra.

³³ Citaremos por la edición de Carlos Romero, en Cátedra, Letras Hispánicas, Madrid, 2002. En este caso, Libro I, 8, pág. 190.

³⁴ Véase *Ideas de los españoles del siglo XVII*, 1966, pág. 460.

³⁵ Carlos Romero (ed. de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*), 2002, Libro I, 11, págs. 209-10. En su nota 5, pág. 210, precisa: «Es decir, tres leones de oro en campo carmesí».

³⁶ Carlos Romero (2002), I, 14, pág. 222.

³⁷ Schevill y Bonilla (1914), pág. 337.

³⁸ Schevill y Bonilla (1914), pág. 337.

³⁹ Carlos Romero (2002), I, 19, pág. 255.

⁴⁰ Con Arnaldo se evocará lo de la licantrópia en Inglaterra (refutado por Mauricio), tema en que indagamos ya (véase mi estudio «Fantasías brujeriles, metamorfosis animales y licantrópia en la obra de Cervantes», en *Actas del III Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Barcelona, Anthropos, 1993, págs. 527-40).

que llamamos «la materia inglesa» en la obra novelesca de Cervantes. Inglaterra y los ingleses se prestan a variaciones y matices muy cervantinos, es decir sutiles, y a veces complejos por no decir codificados. Respecto de *La española inglesa*, tal vez sea lícito, como defiende Ricapito,⁴¹ ver en esta novela una escritura parecida a la técnica del *pentimento* usada por los pintores renacentistas. En este caso, Inglaterra, la reina Isabel, los ingleses, no sólo darían lugar a cierto efecto de realidad histórica –como hemos intentado demostrar– sino que podrían llevar al lector contemporáneo de Cervantes a otras consideraciones morales e ideológicas sobre su propia actualidad, por ejemplo, a reflexionar sobre el estatuto de los conversos en la sociedad católica del Siglo de Oro. Por otra parte, el lector de la obra novelesca cervantina no puede dejar de hallar en ella una interesante representación de Inglaterra y de los ingleses muy variada, densa, no uniforme, no estereotipada, incluyendo leyendas, sueños, realidades históricas, políticas, religiosas y económicas. Y esto a pesar de la aparente parca presencia cuantitativa de «la materia inglesa».

⁴¹ Véase Joseph V. Ricapito, *Cervantes's Novelas ejemplares / Between History and Creativity*, Purdue University Press West Lafayette, Indiana (vol. 10), 1996, pág. 56.